

Televisar monstruos del Mediterraneo.

Por Daniel Dayan*

* Investigador del CNRS, Paris, y miembro del Consejo Asesor de la Revista ZER.

Artículo Resumen

Nueva Introducción. Febrero de 2004

Este texto manifiesta una postura crítica que puede recordar la de la Escuela de Francfort. No es por azar. Ha sido escrito en un contexto político hasta cierto punto parecido. Ciertamente, este escenario no está caracterizado por la violencia paroxística que llevó a los pensadores alemanes al exilio o incluso al suicidio. Sin embargo, hay una forma de violencia específicamente ligada a los medios, violencia que pongo aquí bajo acusación.

Este texto apareció en Francia el pasado año, pero retoma numerosas intervenciones publicadas mucho antes. En cada una de ellas, subrayaba la parcialidad intencionada del discurso de los grandes medios de comunicación franceses sobre el Próximo Oriente y la imposibilidad, para este discurso, de practicar de manera clara, o incluso aproximada, la distinción requerida entre "antisemitismo" y "antisionismo". En mi opinión, tal distinción era no sólo insostenible teóricamente (por sumamente retórica) sino ilegible (textualmente). Aunque permitía a sus autores que se autojustificaran, dicha distinción era inoperante en el nivel de la recepción.

A tal punto era inoperante que un segundo discurso, esta vez directamente dirigido contra los judíos franceses, no cesaba de acusarles de "crispación" o de "repliegue", es decir, de solidarizarse con el estado más condenado de la tierra. La culpabilidad ontológica del estado puesto al margen empezaba a ser contagiosa. Si los judíos reclamaban cierta solidaridad, eran acusados de "crispación" comunitaria. Si, por el contrario, no decían nada, su recogimiento era, sin embargo, culpable. Era un consentimiento silencioso, cómplice. Sólo les quedaba una vía abierta: el rechazo explícito, la condena o, si se prefiere, la abjuración.

Administrada en dosis masivas durante tantos años, esta mezcla entre demonización e inquisición consistía en jugar con fuego. No podía quedar sin consecuencias. En efecto, no había mejor manera de suscitar un racismo violento. Y no he cesado de repetirlo una y otra vez. No sólo no se me ha escuchado, sino que se me ha acusado de inventar las violencias verbales o visuales de las que hablaba, incluso de provocar con mis advertencias las violencias físicas que pudieran acontecer y, por tanto, de ser responsable, por adelantado, de las mismas. Por todas estas razones, es importante para mí publicar hoy, en 2004, este viejo texto que tiene ya dos años.

¿Qué ha pasado en estos dos años? La violencia se ha puesto en marcha y no cesa de ganar terreno. Banal, cotidiana, presenta toda clase de formas, que van desde las palizas en las escuelas, hasta la prohibición de dar conciertos a cantantes judías. La violencia antijudía se ha convertido casi en trivial como puede comprobarse hoy abriendo cualquier periódico francés al azar.

Cierto que quienes la perpetran son en general (1) jóvenes, (2) llevados por la violencia y (3) de origen extranjero (magrebíes). Sin embargo, antes de la Segunda Intifada existían en Francia grupos de jóvenes, igualmente de origen magrebí y que

de vez en cuando se dejaban llevar por la violencia. Pero no se dedicaban a actividades antisemitas salvo de manera muy excepcional. La banalización de la violencia ha esperado la Segunda Intifada y el 11 de septiembre. Es difícil, por tanto, no denunciar el relato paroxístico del Próximo Oriente ofrecido por los medios de comunicación. ¿Discurso verídico? Lo veremos por partes.

Se dirá, sin duda, que he recurrido a una causalidad mecánica, que estoy a punto de retroceder hacia una teoría simplista, al afirmar los "poderosos efectos" de los medios de comunicación. No es el caso. El discurso de los medios —incluso si toma la forma de una campaña orquestada cotidianamente y repetida numerosas veces al día durante años— no podría producir tal efecto por sí solo. Necesita aprovecharse de relevos o expectativas existentes en el seno de la población. Necesita encontrar públicos que lo hagan propio. El problema es que tales públicos estaban allí. Para dichos públicos, el discurso de los medios de comunicación ha funcionado como una preparación, una motivación, como una absolución anticipada. ¿En qué consiste este discurso?

Tal es el asunto del que trata este artículo que fue publicado en *Regarder la Guerre* (Actes Sud. La pensée de midi, invierno 2002-2003), y aparecerá en inglés en *Contemporary media and the construction of prejudice* (ed. R. Wistrich, 2004). Se retoma de manera discursiva una entrevista con el periodista Jacques Mousseau: "El testigo, su subjetividad y su caja de herramientas". (*Communications et langages*, nº 131, abril de 2002). Retoma asimismo temas desarrollados en *Partisan Review* (Nueva York, 2002); en los Cuadernos de Leo Baeck College, Universidad de Londres (enero 2002) en "Dossiers et Documents" del Observatorio del mundo judío (vol. 1, julio de 2002) y en "Dossiers de l'audiovisuel" (INA, setiembre de 2002). Agradezco a Jacques Mousseau, Cyril Lemieux, Dominique Mehl y Arjun Appadurai, cuyas ideas, preguntas y, a veces, objeciones han influido en este texto, ya sea directamente o por "esprit de l'escalier". Por supuesto, sólo yo asumo la responsabilidad de las ideas presentadas.

Una adivinanza

He aquí una siniestra adivinanza: ¿En qué se parecen un muerto palestino y un muerto israelí en nuestras pantallas de televisión? Un muerto palestino tiene la forma de un entierro con banderas, muchedumbres, cuerpos llevados sobre las cabezas, y la emoción que se manifiesta en los rostros desquiciados: seres humanos que expresan su dolor ante nosotros. Un muerto israelí se asemeja a una manta en el suelo, la carrocería desnuda de un autobús calcinado, órdenes vociferadas por el personal de las ambulancias. Más habitualmente tiene la forma de un tanque y de helicópteros que pasan a gran velocidad por el cielo. Un muerto israelí es una colección de objetos. Como decía Barthes: todos los romanos llevan falda.

¿Disponemos de un medio objetivo para evaluar, a propósito de un tema dado y en el curso de un cierto período, cuál es el contenido (partidista o imparcial, emocionado y hostil) de las posiciones que reflejan la marea de imágenes?. Es lo que permiten, en principio, los métodos cuantitativos. Se puede establecer gracias a ellos (1) la naturaleza y el origen del léxico utilizado, (2) la elaboración de un vocabulario visual recurrente; (3) la distinción entre los actores o las víctimas de un conflicto, entre quienes tienen un rostro, una palabra, un nombre, una familia y los que resultan más someramente de una evaluación cuantitativa. (4) La distinción establecida entre públicos invitados a argumentar su posición y públicos privados de la posibilidad de respuesta, disimetría que manifiestan el número, la identidad y la postura, de portavoces, de expertos y testigos, que se expresan ante las cámaras.

Un asombro metódico

Estos cuatro ejemplos no son nada exhaustivos, pero nos permiten comprender que la objetividad de criterios que proponen tiene un cierto precio. Esta objetividad tiende a evacuar la dimensión contextual de los textos; la situación a la que responden las emisiones o los artículos; los actos de palabra que esos artículos ponen en juego. Además, los diversos objetos sometidos a cuantificación no son por sí mismos concebibles más que a partir de un primer análisis que es cualitativo. Es este primer análisis el que se ensaya aquí. Un análisis que permite poner en evidencia estilos de argumentación, estrategias retóricas, posturas ideológicas. Está estrechamente inspirado en las *Mythologies* de Barthes, es decir, en un texto cuyo autor francés se pretende heredero de Brecht, donde espera practicar un asombro metódico ante situaciones tan inquietantes como banales. Es un asombro parecido el que se trata aquí. ¿Cómo son posibles ciertos discursos? ¿Para qué pueden servir? ¿Cómo se sitúan en referencia a las normas que rigen un espacio público abierto a la posibilidad de debate? ¿En relación a las normas que definen la deontología profesional del periodismo?

Este doble juego de normas ha sido transgredido diariamente desde hace dos años, de manera aún más grave, por cuanto que la transgresión procedía de medios acreditados con un capital de confianza, con una particular credibilidad.

Televisiones públicas (Antenne 2, ARTE), periódicos de calidad (Le Monde, Libération), cadenas especializadas en noticias (LCI). Estos medios no son los únicos que la han practicado, pero su transgresión de las normas puede ser quizá más desconcertante. ¿Estaban simplemente en suspenso estas normas? ¿Habían sido repudiadas? ¿Hemos entrado en un periodismo de guerra fría? Pero, ¿estábamos en guerra? ¿Contra quién? Y ¿por qué?

Parece que se esté librando una guerra contra los israelíes, a diario confirmados en su papel de monstruos de la mediterraneidad y, por extensión, contra todos aquellos que les apoyaban, que parecían susceptibles de apoyarles, o simplemente, de no condenarles. La declaración de esta guerra ha tenido lugar hace alrededor de dos años. Coincide, en mi opinión, con la declaración de la Segunda Intifada, llamada "Al Aqsa". Es en ese momento cuando empecé a no entender el sentido de que periodistas, incluso muy relevantes, podían dar a la noción de información. Fue en ese momento cuando comencé a tomar notas acerca de textos o imágenes que me parecían pobres en contenido informativo y ricos en representaciones hostiles. Fue en ese instante cuando empecé a interrogarme sobre la emergencia de una judeofobia que combinaba, en proporción variable, un antisionismo (en general asumido), un antisemitismo (piadosamente denunciado) y un antijudaísmo (de orígenes teológicos ampliamente inconscientes). Esas notas me proporcionaron los ejemplos en los que se basa el texto que presento aquí: el bosquejo de un catálogo de patologías que afectan al tratamiento de la información escrita y sobre todo visual, cuando se trata de aquello que, en tiempos de Sartre constituía la "cuestión judía"; de lo que hoy constituye numerosas cuestiones, todas ellas focalizadas en "el problema de Medio Oriente", Las preguntas esperan respuestas. Los problemas sólo esperan "soluciones". Cuando tales soluciones conciernen a "monstruos", su anuncio estremece. Este artículo versa sobre los discursos donde, un día tras otro, se fabrica la monstruosidad. Como Víctor Klemperer en otros tiempos —¿en tiempos parecidos?— me intereso por la emergencia de una "nueva lengua", de un vocabulario mítico, anunciador de destrucción. ¿Es legítimo el ejercicio que me ocupa? ¿Soy culpable por practicarlo?

El silencio aconsejado

Me parece que debería ser juzgado por partes. Pese a ello seré condenado por tres tipos de razones. Según la primera de esas condenas, la crítica que hago está abocada a pecar por defecto de universalismo. Una solidaridad de tipo reflexivo con el estado de Israel haría de mis observaciones, expresiones de una sensibilidad (sospechosa) más que manifestación de un pensamiento (racional). Se podría responder a esto que la pertenencia a una comunidad no es la antítesis del

universalismo, igual que la negación no es la garantía; que el universalismo se presenta como una suma de aspectos positivos, más que como el resultado de una resta; y que es perfectamente posible analizar de forma crítica la producción de los medios de comunicación, considerados parciales, sin tener que presentar previamente certificados de antisionismo o de prosionismo. De hecho, mi solidaridad con Israel está lejos de ser incondicional. Por el contrario, es perfectamente condicional. Tengo poca simpatía por Ariel Sharon. Deseo vivamente verle abandonar el poder. Eso no me impide asombrarme cuando se le acusa exclusivamente de crímenes cometidos total o parcialmente por otros. Según la segunda de estas condenas, las críticas que presento deberían ser silenciadas para no agravar las cosas. Correrían el riesgo de desencadenar un antisemitismo real. El argumento me parece fútil. No se trata de comparar los antisemitismos con un patrón juzgado definitivo, ni de conceder a uno de ellos el certificado de autenticidad. Existen numerosos tipos. Queda la invitación al silencio. Quienes alaban las virtudes de tal silencio podrían hacerlo cara a cara, explicar directamente a las comunidades inquietas los peligros a los que se exponen. Constató, sin embargo, que su aversión hacia la publicidad no ha impedido a los apóstoles del silencio prodigar sus "consejos" durante dos años a los judíos franceses, ante millones de espectadores, oyentes o lectores. Unos "consejos" tan estruendosos, que no tienen de "consejos" más que el nombre, y esos a quienes "benefician" no son seguramente más que los destinatarios ostensibles. La solicitud deja de ponerse los guantes. ¿El consejo es amenaza? ¿O intimidación? Pero es precisamente de intimidación de lo que habla la tercera acusación. Se ejercería un chantaje al antisemitismo contra todos aquellos que osaran criticar la política de Israel. Subrayar la parcialidad sistemática de algunos discursos equivale, según dice, a ejercer una verdadera censura. Muchos autores defienden su derecho a criticar a Israel o su política sin ser inmediatamente reducidos al silencio. Comprendo a esos autores y les apoyo. Tienen perfecta razón al querer expresarse libremente. Y nadie puede poner en duda el derecho a la crítica. Estoy intrigado, sin embargo, cuando hablan de censura. ¿En qué medida es censura el hecho de identificar en textos —publicados por ellos o por otros— formas de antisemitismo, o de antijudaísmo, o antisionismo? Hacer críticas contra Israel es un derecho adquirido. Pero el antisionismo no es una garantía automática de veracidad. Las críticas que inspira pueden revelarse justificadas o infundadas, graves o grotescas, salvo que se recurra a alguna misteriosa infalibilidad, las acusaciones, por muy virtuosas que sean, no constituirán nunca un proceso equitativo por sí mismas. Debe afirmarse entonces el derecho de responder a esas acusaciones. Lejos de constituir una "censura", responde precisamente a la definición de aquello que caracteriza a un espacio público libre. Transformar en "censura" la existencia misma de un debate público; querer prohibir ese debate en nombre de la libertad de palabra, supone ahogar los valores que se dice defender. Me parece, por mi parte, legítimo distinguir entre aquellos que —como yo o como los militantes de "paz ahora"— critican o apoyan, según el caso, las diferentes políticas practicadas por Israel, y esos que reducen esas políticas, por diferentes o contradictorias que sean, a una esencia a priori e invariablemente condenable. A los que pronuncian tal condena, no está de más preguntarles no sólo por qué sino qué es lo que condenan.

En un texto ya clásico, Albert O. Hirschman define tres de las grandes alternativas que se ofrecen a quienes contestan el rumbo adoptado por su sociedad. Los contestatarios en potencia pueden ante todo callarse, pasar prudentemente de la protesta al silencio, "consentir" no diciendo palabra. Pueden después plegar su protesta, meterla en sus maletas y tomar el camino del exilio. Pueden finalmente rechazar tanto el exilio como el silencio y hacer oír su voz. Esta última opción es la que me lleva a proponer este texto. Me parece importante decir lo que pienso, no sólo en tanto que especialista de los medios de comunicación, sino también como ciudadano francés, europeo. No tengo la impresión de cometer un crimen osando preguntar si la producción mediática francesa favorece o no el debate; si permite o

no la comprensión de lo que pasa en Oriente Próximo; si la opinión de ciertos periodistas no tiende a sustituir el ejercicio de la información. Tengo el derecho de seguir de cerca en qué consiste la presentación de los hechos, y mostrar, si es el caso, que es inexacta, o excesiva, o mal informada, o mal formulada. Me asiste también el derecho a señalar los aspectos estereotipados, irracionales o condenables: perversiones deliberadas; cegueras selectivas; amplificaciones monstruosas; divulgación de rumores. Tengo el derecho y tengo el deber. Porque los laxismos y los patinazos, los eufemismos y las demonizaciones, terminan por constituir un nuevo tipo de discurso periodístico, maneras de hacer y de decir que no se limitarán a los monstruos nombrados.

Posturas retóricas

Las críticas que se pueden hacer a este discurso remiten a las grandes categorías de la retórica clásica. ¿Cómo se definen los acontecimientos y los problemas reseñables y dignos de ser considerados? ¿Y de quién retoma las definiciones y jerarquías? (Inventio). ¿Cómo organiza acontecimientos en secuencias argumentativas o narrativas? (Dispositio) ¿Con ayuda de qué palabras e imágenes narra los acontecimientos y las tesis sostenidas? (Elocutio) ¿A qué dispositivos y dramaturgias apelan los presentadores de los acontecimientos y los ilustradores de tesis? (Actio) ¿Cuáles son, en fin, las cadenas causales que llevan desde la identificación de ciertas opciones a la caracterización de sus efectos? Otras tantas preocupaciones que remiten directamente a las de los sociólogos del periodismo contemporáneo. (Los problemas de "Inventio" y de "Elocutio" ponen sobre la mesa la cuestión de relación con las fuentes; asimismo, las nociones de "Dispositio" y de "Actio" remiten a problemas de formato). Otras tantas preocupaciones que llevan a inclinarse a la vez sobre el contenido de los diarios —escritos o filmados— y sobre su estética.

Rectificaciones

Acusad a un periodista o a un mediador de haber difundido una información parcial o falsa. Si la acusación es irrefutable, la respuesta será probablemente la siguiente: "Pero he publicado una rectificación hace tres días" o "Nosotros hemos difundido, en Marzo, un reportaje ilustrando otro punto de vista". Tales correcciones son loables pero poco concluyentes. ¿La segunda emisión anula la primera? Nadie lee un periódico exhaustivamente ni ve un boletín de noticias con la misma atención de principio a fin. Nadie lee todos los ejemplares de un periódico ni ve todos los boletines, salvo los maníacos o los especialistas (diplomados, periodistas opositores, expertos, investigadores). E incluso, entre éstos últimos, pocos son susceptibles de seguir el mismo diario televisivo en numerosas reposiciones en cadenas donde se emite en bucle (a pesar de descubrimientos significativos que pudieran hacer en ese caso sobre la aparición o desaparición de tal o cual segmento a lo largo del día). A menos que no haya "affaire" o "escándalo", el texto incriminado y su corrección tienen grandes posibilidades de ser recibidos por espectadores diferentes. La virtud de la rectificación presupone un espectador ideal, un lector de una vigilancia incesante, de una atención cuasi-divina. Tal lector no existe, Y si existiera, la emisión (por otra parte, bastante rara) de una rectificación, no disiparía acto seguido las representaciones surgidas del mensaje rectificado, representaciones que toda suerte de mensajes no rectificadas no cesan de reforzar; representaciones que se encuentran a veces enraizadas en el corazón de la propia rectificación. A menudo, ésta última no disipa una contra-verdad más que para asestar otra.

Eisenstein y el diario televisado

Por el contrario, ciertas evidencias —estéticas o gramaticales— se imponen con una evidencia verdaderamente deslumbrante. ¿Es verdaderamente necesario que los miembros de algunos grupos sean exclusivamente concebidos como complementos circunstanciales? ¿Es verdaderamente necesario que las informaciones se presenten como un relato épico? ¿Deben transformarse en película de Eisenstein en la que sólo faltarían los subtítulos heroicos o la música de Prokoviev? El relato de la crisis de Oriente Medio moviliza de nuevo toda una batería de conceptos heredados de las luchas coloniales. El relato de la mundialización permite, por su parte, elaborar un gran fresco victimario. El uno y el otro se rodean de una verdadera dimensión religiosa. No se trata sólo de afirmar su justicia, sino de dotarles de un estatus casi sagrado, de inventar nuevas formas de piedad a su medida. La religión de la anti mundialización produce sus San Juan Bautista bigotudos. El sufrimiento real de Palestina desemboca poco a poco en un neo-sulpicianismo: San Sebastianes lanzadores de piedras, Cristos recrucificados, Reyes Herodes destructores de ambulancias y asesinos de recién nacidos. ¿Es verdaderamente necesario echar mano de la dramaturgia del martirio y todo lo que el antropólogo Victor Turner llamaba la "pedagogía de santuario"? ¿Es legítimo que la información se convierta en hagiografía? ¿Será pronto necesario recibir el diario televisivo de rodillas como los orantes de manos juntas de los trípticos del siglo XV? Recordemos que los grandes filmes de Eisenstein tenían por vocación movilizar, preparar una "saludable" violencia. ¿Es esa verdaderamente la vocación de los medios de comunicación franceses? Recordemos también que las mismas películas de Eisenstein recurrían voluntariamente a una licencia "homérica". La más célebre secuencia del cine anterior a la II guerra mundial —la masacre perpetrada en las famosas escaleras de Odessa— habla de un acontecimiento que se desarrolló en un lugar distinto de esas escaleras. Como muestra el historiador Marc Ferro, es, sin embargo, esta secuencia y no el acontecimiento real lo que ha permanecido en la memoria colectiva, e incluso en la de aquellos que participaron en el mismo. ¿Es útil que se atribuya a unos órganos de información ese papel de construcción de una memoria monumental? Y el impacto, cotidianamente repetido, de éstos ¿será necesariamente menor que aquel de El Acorazado Potemkin?

Los Tres imaginarios de la mundialización

Un último apunte sobre el contexto en que se inscriben los relatos discutidos aquí. Este contexto está dominado por la noción de "mundialización". Es necesario evidentemente tenerlo en cuenta. Es preciso, sin embargo, protestar contra la utilización de ese término en singular. No hay una mundialización, hay muchas y muy diferentes. Primero, desde hace dos mil años la historia no ha cesado de proponer mundializaciones. Las víctimas de éstas no son de ayer. El imperio romano era suficientemente poderoso para ser casi EL mundo, y para excluir del mapa aquel país que osara resistir (aquel, por ejemplo, que renacerá en el siglo veinte para convertirse en el monstruo del Mediterráneo). Pero, entre el imperio romano y nosotros, no han cesado de producirse mundializaciones, economías-mundo organizadas en centros y periferias, en privilegiados y explotados, en marginales y excluidos. Sobre todo, me parece esencial señalar que, si la mundialización determina hoy los flujos (de seres humanos, de imágenes, de capitales) y los conduce, lo hace a partir de tres imaginarios distintos. Inspirándome en observaciones de Appadurai, pero bajo mi única responsabilidad, distinguiría entre un imaginario de la libertad, un imaginario de la igualdad y un imaginario de la pureza. Cada uno de esos imaginarios refleja un ideal legítimo, pero cada uno de ellos lleva acompañado un precio más o menos pesado que hay que pagar. El imaginario de la libertad es también el del liberalismo económico y constituye el blanco principal de eso que se ataca bajo el nombre de mundialización. El imaginario de la igualdad construye frente al liberalismo la reivindicación de una mundialización respetuosa con la ética y del carácter limitado de los recursos

naturales. Es un imaginario normativo, tendente hacia una utopía, portador de progreso. Se encarna en una galaxia de organizaciones no gubernamentales. El imaginario de la pureza se opone a los dos precedentes. Juzgando criminal el primero, condena también el segundo, cuyo humanismo le parece prometeico. Este tercer imaginario preconiza el paso a una sociedad mundial regida por la ley divina, y la separación entre los hombres de buena voluntad, dispuestos a aceptar esta ley, y los otros, a quienes hay que combatir y eliminar, no necesariamente por "genocidas", sino más bien por "cividas", perdonando a las poblaciones, no conservando sus organizaciones estatales o sus creencias. Esta mundialización es la que propone un Islamismo militante con ambiciones geopolíticas explícitas. Este islamismo es claramente distinto del Islam que, como cualquier tradición religiosa, está atravesado por múltiples corrientes. Que la corriente islamista sea la más visible no significa evidentemente que sea la más significativa, sino que tiene más posibilidades de influir efectivamente en la opinión.

Todo se juega, me parece, dentro de la relación que se establece entre estos tres imaginarios. Frente a un imaginario de la libertad, acreditado por una potencia inmensa —por coerción según unos, porque no hay alternativa convincente, según otros— se asiste a una alianza paradójica entre los campeones de la equidad y los campeones de la pureza. Los enemigos de nuestros enemigos son nuestros amigos. La movilización frente al enemigo común parece justificar la alineación de odios y objetivos. Vemos a movimientos progresistas vacilar entre su adhesión a la democracia y su fascinación por los ángeles exterminadores. Se asiste a la inmensa confusión de Durban y al "Auto de Fe" que se produce con la mayor parte de los conceptos movilizadores del progresismo.

Esta mundialización no es menos real que la del liberalismo. Aquella prevalece sobre el plano económico. Esta progresa a pasos de gigante en una opinión pública mundializada por los medios de comunicación. Los primeros en percibir la fuerza del nuevo imaginario son evidentemente aquellos que están de acuerdo con la impureza, aquellos que en el pasado ya buscaron una perfección imaginaria; esos que ven con espanto a los modernos Voltaire hacer causa común con los modernos Torquemada; esos que se saben aludidos por la máquina de fabricar monstruos.

Vayamos entonces a los medios de comunicación, y retomemos algunos de los temas evocados por la prensa y la televisión. Existen miles de ejemplos. No daré más que uno o dos. Reconozco que estos ejemplos están anticuados, que no responden a la impaciencia de la actualidad. Sin embargo, por muy anticuados que estén, todavía son demasiado frescos para retirarlos de la historia. ¿Los superaremos alguna vez? Depende de las circunstancias que determinan los intereses o la sensibilidad de los historiadores y de las instituciones que legislan sobre la dignidad de los asuntos a estudiar. En fin, los ejemplos no ilustran más que algunas de las patologías del discurso informativo: éstas no son ni las únicas ni necesariamente las más graves. En una palabra, este texto puede servir de prelude a un trabajo sistemático. Pero lo esencial de este trabajo queda por hacer.

Televisión, información y ritual

Cualquiera puede comprender que los sufrimientos invisibles no existen hoy, y que los sufrimientos a gran escala tampoco, porque su propia dimensión les sustrae a la visibilidad. La simpatía no es un instrumento estadístico. Morimos uno a uno. Es necesario entonces un lugar donde se haga el gota a gota de los sufrimientos y de los muertos. Por otro lado, de nada sirve comenzar una guerra, si nadie la enseña, o destruir la Casa Blanca, sin haberse asegurado de captar progresivamente la atención mundial mediante una serie ligeramente adelantada de golpes previos. La televisión se convierte entonces en uno de los protagonistas centrales de los conflictos contemporáneos.

Sin embargo, hay que desconfiar de dos grandes mitos sobre la televisión, mitos que concluyen en una ecuación simplista: tener imágenes es tener la información.

No tener imágenes es no tener información. Primer Mito: la televisión es la imagen. Segundo Mito. La imagen es la información. Las dos proposiciones pueden ser ciertas. Sin embargo, a menudo, una y otra se revelan como falsas.

La televisión está hecha de imágenes, cierto, pero son, en su mayoría, imágenes de palabra, imágenes en las que se ven personas que hablan, personas a quienes podemos escrutar las expresiones, observar sus ropas, remarcar los tics. Como dice muy bien Eliseo Veron, a propósito del diario y de su presentador: "yo le veo, él me habla". Cierto, yo le veo hablarme. En el interior de ese flujo de palabras, existen imágenes que no son imágenes de la palabra. Esas son esencialmente las de las noticias. Pero están aquí a título auxiliar: ilustraciones o, más raramente, y pruebas, que son redundantes y confirmadoras. La televisión se define primero por sus flujos de palabra. Esos son los flujos que introducen o despiden las imágenes. Pero la palabra que invoca la imagen puede también desmentir la imagen, neutralizarla, negar su contenido, sustituirla por otro contenido, hacerle decir no sólo lo que no dice, sino lo contrario de lo que dice. He aquí una imagen filmada en Israel: es el entierro de una joven víctima de un atentado. La imagen trata sobre un duelo. El comentario describe en detalle el armamento generalmente utilizado cuando hay respuesta ¿Y la joven víctima en todo esto? Olvidada. Un acontecimiento que podría haber sucedido sustituye al acontecimiento descrito. He aquí otra imagen, sacada esta vez de los territorios ocupados (LCI). Un anciano empuja una camilla en una morgue. Se ve el cuerpo rígido de un hombre de unos treinta años con la cara ya gris. El anciano se inclina y señala dos heridas profundas que se encuentran en la base del cuello. El comentario señala el recrudecimiento de la violencia ejercida por el ejército israelí. Como cualquiera, yo concluyo: violencia israelí, una víctima más. Dos días más tarde, una noticia breve me da a conocer que varios palestinos acusados de colaboración han sido asesinados por Hamas.

Este tipo de tergiversaciones no implica ninguna manipulación difícil o técnica. Se reduce a la aplicación del principio surrealista que consiste en mostrar una pipa y decir "Esto no es una pipa". En otras palabras, en la mayoría de las situaciones con texto e imagen, es el texto el que define lo que será memorizado. Si veis una trucha y se os dice: "Esto es una hamburguesa", recordaréis haber visto una hamburguesa.

Seguramente no todos los espectadores verán hamburguesas, y algunos, como yo mismo, mantendrán que lo que han visto son truchas. Es necesario entonces darse cuenta del papel activo y crítico que pueden jugar los espectadores a la hora de la recepción. Pero también es preciso saber que tal actividad crítica está lejos de ser automática. No se pone en marcha a menos que exista un saber directo sobre el asunto representado, o una erosión del sentimiento de confianza hacia el medio de comunicación. Sobre los temas lejanos, el conocimiento es poco frecuente y la desconfianza no aparece salvo que medie un escándalo. Entre tanto, las representaciones se construyen ostensiblemente a partir de imágenes, o mejor, a partir de relatos que encuadran esas imágenes y que juegan en relación con dichas imágenes el papel de una especie de policía del sentido. "Circulad. No hay otro mensaje. Ya se ha hecho decir a la imagen aquello que debía decir".

El segundo mito sostiene que la imagen es ante todo la información, y que no tener imágenes quiere decir quedarse sin informaciones. La proposición es absurda. Yo sé que el comandante Massoud ha muerto. Para tener acceso a tal información, no tengo ninguna necesidad de asistir a su agonía. El espectáculo de esta agonía me daría otras informaciones, informaciones médicas sobre la resistencia de un hombre; informaciones psicológicas sobre mí mismo, y sobre lo que me empuja a mirarlas. Pero esas informaciones no son pertinentes para un relato público. Cuando uno denuncia la ausencia de imágenes, no es de la ausencia de información de lo que se queja. Se refiere de hecho a otra dimensión de las imágenes ¿cuál? Igual que los enunciados verbales, que lejos de reducirse a un contenido lingüístico,

se constituyen también como actos de palabra, las imágenes de televisión no se reducen a un contenido informativo. Esas imágenes manifiestan actos de visión. Son actos de mostración. Mostrar un incidente es manifestar su gravedad (juzgarlo), es decir su importancia (evaluarlo), es construir su definición (accidente, asesinato, acto de guerra) y es también construir la persona del espectador. La primera dimensión del acto de mostración que servirá de base a todas las demás, es la dimensión de la importancia. Suponiendo que una imagen esté disponible o sea realizable, ¿la situación es suficientemente importante para justificar que se muestre? Si se dice que sí, ¿a qué tipo de imagen se recurre? ¿Una inserción rápida, ilustrativa, en la continuidad del discurso? ¿Una atención más sostenida si se trata de un elemento de prueba? ¿O todavía una relación cuasi de independencia con el flujo de la palabra, una cuasi-libertad concedida a la imagen? De hecho, tal libertad está en relación con la importancia concedida al asunto. Es, por tanto, escasa. Es, en efecto costoso, para los boletines, donde el tiempo es limitado, invitar a compartir una experiencia, adoptar la temporalidad de esta experiencia, ofrecer un régimen temporal próximo a la ficción. Las situaciones no merecen tal gasto de tiempo, salvo que sean elevadas al estatuto de símbolos. Mostrarlas, en ese caso, no tiene que ver con la información como ritual ¿Qué tipo de ritual?

En un contexto de guerra, la simpatía o la conmiseración o la compasión responden a menudo a situaciones de sufrimiento terrible, de sufrimiento tanto más insoportable cuanto que la televisión permitirá asistir allí, en directo, o en las condiciones que aseguren el tipo de continuidad, sin corte que caracteriza al directo. Por otro lado, y como ha mostrado Christian Boltanski, el espectador se enfrenta no sólo a un sufrimiento a distancia, sino también a un sufrimiento cara a cara, ante el que se descubre perfectamente impotente.

El problema es entonces que este sufrimiento-a-distancia se convierte en fácilmente instrumentalizable. Estamos en situación de conflicto, ¿El sufrimiento de quiénes se elegirá mostrar? ¿Cuáles son los muertos o moribundos acreditados con un rostro? ¿Quiénes deberán contentarse con perecer en uniforme y en plano general? ¿Quiénes son los muertos que tienen padres o hijos? ¿Abuelos con ojos rojos? ¿Madres postradas de rodillas? ¿Padres perdiendo la razón ante pequeños cuerpos inertes? ¿Quiénes son los que deberán permanecer invisibles? Contabilidad horrible, se dirá. Seguro que es horrible. ¿Eso quiere decir que no existe? ¿O que algunas opciones no son hechos que conciernen a quienes tendrán derecho a un tele-ritual de primera clase, a esos que tendrán derecho a una evocación atropellada a toda velocidad y a esos de cuya muerte se dará cuenta hablando de su arrogancia?

El problema es precisamente saber que esta contabilidad existe. Se reclaman más imágenes. ¿Para qué? Para servir rituales, Para organizar la movilización y la focalización de la ira. ¿La vocación de la televisión se confunde en ese caso con la gestión de esa indignación? ¿Debemos reclamar, a título de información rituales, que celebren el odio (la bandera quemada, el muñeco despedazado a patadas) o que provoquen el odio (la Mater Dolorosa, corriendo con los brazos abiertos hacia el niño caído en el suelo)? ¿Es absurdo decir que uno de los papeles de la televisión podría ser el de resolver los conflictos más que el de agravarlos y perpetuarlos? ¿La focalización sobre la imagen es necesariamente decisiva? En todo caso, es el rol inverso el que yo he intentado analizar en La Televisión ceremonial.

Ciertamente, se podría imaginar que la emoción suscitada por esos rituales fuese filtrada en el nivel de la recepción. Pero no siempre sucede así, y eso por dos razones. Primero, el impacto sobre la opinión de los rituales aquí evocados, se refiere no sólo a su recepción directa, sino también al sentimiento que cada uno de nosotros podamos tener acerca del impacto que esos rituales van a producir sobre el prójimo. Ese impacto supuesto está unido a una validación oficial: a la validación que representa la difusión de esos rituales por unos medios de comunicación considerados como representativos del centro de una sociedad. Así se crea una opinión pública supuesta. ¿Pero lo propio de una opinión pública no es

precisamente ser supuesta? En otros términos, ¿sacar a flote procesos especulares? Por otro lado, es imposible no experimentar emoción a la vista de un sufrimiento incontestable. Yo puedo experimentar compasión por personajes cuyas opiniones no comparto. Cuando oigo al padre de un kamikaze aprobar el acto de su hijo, sé que ese hijo ha asesinado a decenas de adolescentes y, sin embargo, me apiado del hombre que veo en la pantalla. Este hombre justifica un acto que me provoca repulsa, pero ha perdido a su hijo. No puedo evitar identificarme con ese hombre abatido.

¿Para-información, peri-información: el reino del magazín?

La socióloga Dominique Mehl analiza desde hace tiempo la erosión del límite entre lo público y lo privado que se produce en los medios de comunicación. Describe la constitución de un espacio público que se convierte, de hecho, en un espacio de publicidad de lo privado. Ha desaparecido el debate sobre los principios generales en favor de la referencia a experiencias individuales, El privilegio otorgado a la experiencia produce dos efectos característicos. (1) Por su profusión cuantitativa, los relatos de experiencias crean embotellamientos, atascan la esfera pública, acaban por paralizar su funcionamiento. Se deja de pensar en términos de problemas para pensar en términos de "casos". (2) Por sus particularidades cualitativas, minan sus fundamentos. Dominique Mehl muestra, en efecto, que el estatus de la experiencia está surtido características fundamentales. Es imposible decir a alguien de quien no se es terapeuta: "usted no ha tenido esa experiencia" o "usted no sufre". O "usted sufre pero por razones perversas". La experiencia no es contestable. Al hacer de esto el principio de referencia de una esfera pública, se favorece la simpatía, o la compasión, o la conmiseración, o la identificación. Se excluye el debate.

La evolución actual de muchos grandes informativos televisivos en dirección al magazín representa, por tanto, un peligro radical, un peligro tanto más grave por cuanto que consiste en empujar la política en la dirección de la nueva esfera pública/privada. En el caso de Oriente Medio, este deslizamiento permite, de una parte, estigmatizar tranquilamente a los "monstruos" y, de otra, poner los relatos que los estigmatizan al abrigo de toda crítica, ofreciéndoles el acomodo confortable de los programas de testimonio. Desarrollando ampliamente la argumentación del terrorista, la abogada de Carlos justifica explosiones y masacres, Nadie crítica sus declaraciones. ¿Cómo podrían? Habla no como abogada, sino como "novia". Es la invitada de una emisión sobre amores contrariados. Su discurso es una incitación a la muerte, pero el contexto es una historia de amor. ¿Quién osará condenar a Tristán o contradecir a Isolda? ¿Y este saber hacer se limitará a Oriente Medio?

Un paradigma del Índice

Un último punto. He rechazado antes un "mito que quiere que la imagen sea ante todo información". He rechazado la tesis según la cual el hecho de "no tener imágenes se convierte en quedarse sin informaciones". Quisiera ser más preciso. Deseo no desdecirme, sino completar esta afirmación. Reconozco efectivamente a la imagen un rol de información incontestable. Pero esto no tiene nada que ver con la manera como esas imágenes — tanto las de Oriente Medio como otras— son utilizadas y recibidas generalmente. En efecto, esas imágenes suelen estar insertas en un flujo determinado por los ritmos y los significados otorgados por las palabra. Esas imágenes constituyen fundamentalmente autenticadores, "efectos de lo real". Pero pueden utilizarse de otra manera. Las imágenes son susceptibles de ofrecer informaciones, pero es necesario para ello dar forma a los discursos en los que se insertan; es preciso extraer esas imágenes de los flujos verbales donde se encajan. Es necesario además comparar imágenes y flujos: confrontar lo que se dice con lo que las imágenes muestran efectivamente. Una vez revisadas, las imágenes comienzan a hablar. Incluyen en sí mismas la crítica de los enunciados que

pretenden englobarlas. Tienen que ver con lo que Carlo Ginzburg describía como el "paradigma de las referencias indiciales". Se puede también oponer las imágenes-índice (cargadas de información) a imágenes-relato (por el contrario, desbordantes de significación). En materia de noticias, las imágenes-índice deberían provocar el interés máximo de los críticos de televisión. Curiosamente éstos parecen privilegiar las imágenes-relato. Es una lástima. No olvidemos lo que decía Francisco Goya del "sueño de la razón" y de su poder de engendrar monstruos. Detenerse sobre la imagen tiene tendencia a despertar la razón. Casi siempre permite disolver los monstruos; disipar su monstruosidad. Subsisten entonces seres humanos (buenos o malos, determinados o desamparados) y los actos de mirada fabricantes de deshumanidad.

Daniel Dayan
CNRS Paris.